

Mandela, los Bantúes y la paz en Colombia

Carlos Manuel Zapata Carrascal – Lorica

Hoy, cuando hasta belicistas consumados y consumidos por el odio atizan el guerrerismo detrás de hipócritas frases acuñadas por Mandela, las cuales nunca han practicado ni llegarán a hacerlo, además de fortalecer el llamado de los hombres y mujeres de bien para mantener vivo su legado en contra de la discriminación y la segregación, cuestión cualificada luego que Madiba, título honorífico del Clan Mandela, abrazara el pacifismo con el cual sepultó la respuesta armada a la violencia del oprobioso régimen colonial europeo en África del Sur, los afrodescendientes residentes en el Caribe colombiano tenemos otras razones para que en medio del duelo en que nos encontramos por la desaparición física del Dalibhunga (Coordinador de diálogos), reconozcamos y consolidemos hermandades profundas con ese colosal ser humano y la macro-familia lingüística a la cual perteneció, la Bantú.

Mandela, al igual que otros tantos valientes líderes y lideresas africanos que se enfrentaron al colonialismo y neocolonialismo occidental que aún mantiene sus tentáculos explotadores y dominación ideológica en África, heredó la filosofía más antigua del mundo: el MUNTÚ, la cual por vía de sus creadores, el pueblo BANTÚ, tiende un puente con la ancestralidad de los negros esclavizados y sus descendientes, pobladores de gran parte de la costa caribe de Abia Yala/América.

Tata Madiba, nació en Mvezo y luego vivió en Qunu, en el Bantustan de Transkei (más allá del río Kei), en la actualidad provincia oriental del Cabo, por lo tanto, desde pequeño se vio rodeado por una de las principales formas en que se concretó el Apartheid, la segregación mediante el confinamiento por homogeneidad étnica en territorios específicos. Rolihlahla, hace parte del grupo lingüístico Xhosa, uno de los 400 perteneciente a la macro familia BANTÚ, la más grande de África y a la cual también pertenecen el Swahilí, Shona y Zulu, siendo aquel parte de los 11 idiomas oficiales que se hablan en Sudáfrica, con el 18% de personas que lo utilizan.

Precisamente, los críticos al régimen del Apartheid, denominaron BANTUSTAN a las áreas geográficas a donde fueron reducidos, para mantener viva la ancestralidad BANTÚ y protesta al nombre oficial, “reservas tribales”, denominación discriminatoria y peyorativa en contraposición a los Homeland de la reducida población blanca ostentadora del poder.

Se está diciendo que los Bantúes, por efecto de la imposición del sistema colonial, fueron perdiendo la soberanía que tenían, la cual tuvo sus mayores momentos de apogeo antes que la esclavización desarraigara hacia América a gran parte de la población de los pueblos del Congo, Angola, Zaire, Gabón, Guinea y otros del centro y sur este africano. Hacemos referencia a millones de seres humanos que a lo largo de poco más de 400 años, al ser objeto de la venta y triangulación comercial incluyendo a los esclavizados, se convirtieron en la principal causa de acumulación originaria del Capitalismo.

Por esta razón, los afro-abiyalenses residentes en el Caribe colombiano, estamos más que emparentados con este miembro de la familia Mandela, quien ha sido continuador en esa parte de África de la larga tradición libertaria anticolonial y antiimperialista representada en ese continente por Abdel Nasser en Egipto con el Panarabismo; Kwame Nkrumah en Ghana con el Panafricanismo; Leopold Sédar Senghor en Senegal; Frantz Fanon- de Martinica- apoyando la liberación de Argelia; Agostino Neto en Angola; Amílcar Cabral en Mozambique; Patricio Lumumba en el Congo; Michael Kayoya en Rwanda; Julius Nyerere en Tanzania; Sékou Touré, entre otros dirigentes.

De ellos, faltó Stephen Bantú Biko, quien desde 1948, cuando se estableció el Apartheid, contribuyó junto con Mandela a enfrentarlo, falleciendo hacia 1977 cuando apenas contaba con 30 años, producto de daños cerebrales provocada por golpes recibidos en una indagatoria. Biko creador del Movimiento Conciencia Negra y la Convención de Pueblos Negros, en condición de integrante de la Organización de Estudiantes Sudafricanos, estuvo en el centro de uno de los acontecimientos más sangrientos del Apartheid. No en vano ofrendó su vida, porque a partir de la amistad efectuada con el periodista inglés, Donald Woods, logró atraer la atención del mundo acerca de las condiciones en que murió, cuestión de la cual se encargó el reportero e inspiró a ese inglés para que produjera el libro Biko y la película "Grito de Libertad".

Infiérase entonces que los bantús, uno de los dos grandes grupos junto con los pueblos Yorubas, de los cuales provienen los afro-cari-abiayalenses, se han destacado por la resistencia al constreñimiento de la libertad, condición de respeto al ser humano que a su vez tiene por soporte la cosmovisión Muntú, la cual según Manuel Zapata Olivella en La Rebelión de los Genes "va dirigida a la enseñanza de los principios elementales de sobrevivencia y convivencia entre los hombres y la naturaleza".

Esta peculiar forma de relacionarse con el mundo, tiene por fundamento principal la comprensión de las sociedades originarias o primitivas, según la cual todo está conectado y funciona como un todo armónico. Por ello, no solo el pueblo Bantú, sino otros más cercanos al inicio de la historia de humanidad, curiosamente se autodenominan de manera similar: En el caso de los Bantúes, la persona humana, la gente o simplemente la gente. En la India, existe el Ahimsa que equivale casi a lo mismo, mientras en Abia Yala, se encuentra el Ayní.

Esa armonía entre todo lo existente, para el Bantú implica mucha más cohesión social, puesto que crearon la categoría UBUNTU, para designar SER EN EL MUNDO, SER CON EL OTRO, significación que entre un sector del movimiento afrocolombiano se traduce SOY PORQUE SOMOS.

La filosofía Muntú, que puede identificarse muy bien en Mandela mediante la férrea voluntad para mantener la orientación política y reorientar la conducción de sus propósitos de cambio cuestionando toda forma de discriminación y dominación, llamado persistentemente a la convivencia de grupos diversos y en medio de toda forma de agresión, le llega al líder sudafricano que acaba de fallecer, por vía de sus antecesores bantúes, los cuales al decir de Zapata Olivella, son "herederos de las primeras culturas que habitaron, ya en épocas históricas, el continente africano (...) por haber sido África la cuna de la humanidad, es de presumir que preservaban las más antiguas experiencias sobre la vida, la muerte, la enfermedad, la familia, las concepciones filosóficas del universo, los dioses, los ancestros, las herramientas y el medio ambiente".

Lo anterior tiene mayor sentido al recordar que los Bantúes posibilitaron el paso de la edad de piedra a la de los metales en esa región del mundo, mientras que la consolidación de su filosofía no debe parecer nada extraño, puesto que en la actual República Democrática del Congo, de acuerdo con los aportes de Eugenio Nkogo Ondó en Síntesis sistemática de filosofía africana, se encontró EL HUESO DE ISHANGO, en el cual pueden apreciarse la primera evidencia de actividad pensante y de abstracción en África subsahariana, mediante el empleo de un sistema numérico con base en 2 y en 10.

Vale resaltar la conexión entre Mandela, los Bantúes y la filosofía Muntú, porque la misma bebe de las fuentes originales en donde se efectuó la evolución bio-psico-socio-cultural de la Humanidad, el sur este africano. Tal vez ahí radica la esencia que soporta y sirve para comprender la tenacidad e inteligencia del gran timonel de la convivencia que estamos recordando.

Del pueblo Bantú, el Caribe colombiano recibió muchas influencias, pudiéndose rastrear las mismas en los Palenques que se crearon los cimarrones desde comienzos del siglo XVI, siendo el de San Basilio un caso emblemático, por la evidente influencia del portugués colonial en la lengua palenquera, así como la presencia de rituales funerarios como el Lumbalú, el cual reafirma el legado del mencionado pueblo centro y sur africano, puesto que el Muntú, en palabras de Manuel Zapata Olivella, “es una filosofía vitalista y existencialista, íntimamente sometida a los mandatos superiores y sagrados de los ancestros”.

Otra de las tantas improntas Bantú entre la población negra caribeña, está representada por la Maribula, Sansa entre aquella cultura africana, instrumento musical que aún puede encontrarse en la región del Canal del Dique y las Montañas de María, consistente en una caja que le hace resonancia a unas placas metálicas.

Queda entonces pendiente hacer honor a esa ancestralidad y hermandad, tanto para propiciar diálogos, tal como lo encargaron a los 16 años a Mandela, por lo cual fue ungido por los Xhosas como su “coordinador”, ello es, DALIBHUNGA, como para enrumbar los mismos hacia la Paz que apenas iniciamos a arañar.

Agapito de Arco Coneo, artísticamente autollamado JORGE ARTEL, en alguna ocasión se refirió a la conexión existente entre los pueblos africanos y los nuestros, aunque por la fijación yurubizante equivocó la identificación de la cultura de ese continente con la cual estamos más emparentados, verseando de esta forma: “En qué salto de sangre nos encontramos o en que canción Yoruba nos mecimos, tu y yo juntos, como hermanos”.

Creo que Mandela y no antepongo el nombre anglófono Nelson porque ando desechando cualquier imposición extraña a la cultura original, de allí que el grupo al cual pertenecía le llamó Rolihlahla, es decir, el promotor de disturbios o el revoltoso, como eximio representante de la filosofía Muntú, tenía y anteponía a sus relaciones humanas, ya en plena madurez política, más el precepto conciliador, pero sin subvalorar su visión de mundo, su proyecto de vida fundamentado en sus raíces ancestrales, que la pugnacidad y animo pendenciero relacionado con la imagen y proyección social que tuvo hasta que el mismo proceso de cambio en que estaba inmerso, le llevó a colgar los guantes que en alguna ocasión se colocó en calidad de boxeador.

Si Mandela se quitó los guantes del odio, luego de 27 años de estar encarcelado y haber resistido muchas adversidades, por qué no podemos intentarlo, en el movimiento afrocolombiano, para converger en una agenda común por la visibilización identitaria, la independencia política y la disminución de las desigualdades, más acentuadas por la discriminación racial y los prejuicios ideológicos; pero también, en el conjunto de la sociedad, donde debemos de manera inédita atrevernos a desafiar los obstáculos que permiten a unos pocos sacarle provecho a la guerra en detrimento del bienestar de las mayorías.

Algunos podrían decir que el legado de Madiba no aplica a Colombia, por la inexistencia de repudiables y notorias formas de discriminación, segregación y en especial, en donde la minoría extranjera imponga aquellas a la población nativa mayoritaria. También es aceptable la opinión según la cual entre nosotros el conflicto armado interno no ha generado una conflagración nacional en donde gran parte de la población civil esté parcializada por uno u otro actor de la guerra. Otros, al tenor de la tradición solidaria, integral y convivencial de los Bantúes, podrían argüir que desconocemos el perdón y se nos hace difícil ofrecerlo por haber vivido en permanente conflicto y marginalidad. Es más, hasta pueden tomarse las diferencias entre los parientes de Mandela para justificar las falencias en el impacto de sus enseñanzas. Pero independiente de esas interpretaciones, no queda duda que el más importante aporte de Mandela a la búsqueda de la suspensión de la contradicción entre la insurgencia y el Estado neoliberal, es la

perseverancia en la fuerza del dialogo y la convivencia, aun entre diferentes, como herramienta para erradicar las violencias y sus causas.

En ese sentido, la historia de Colombia es un caso paradigmático de la casi imposibilidad de entendimiento por parte de las principales fuerzas políticas y sociales. Por lo tanto, aún con tantos escepticismos y decepciones, constituimos una sociedad singular a la cual no le vendría mal ensayar los métodos de reconciliación y perdón empleados en otras latitudes, en donde la confrontación política se asentó abrupta y forzosamente sobre la excesiva restricción y el pisoteo de la cultura e identidad de la población local.

La Escuela, que no lo ha efectuado, tiene la oportunidad para reinventarse, orientación que debe conducir a la formación de pensamiento sistémico, para poder comprender que nos debemos a la evolución o creación de una sola totalidad cuyas partes constitutivas no pueden funcionar por separado, siendo esto la base para solicitar respeto por la vida como valor máximo y con ello, por supuesto, se estará más cerca de la convivencia, la solidaridad, el perdón y la reconciliación que tanto necesitamos.